

*La guerra "salvaje" en los confines de los Andes
y del Chaco: La resistencia chiriguana
a la colonización europea*

THIERRY SAIGNES

En homenaje a Pierre Clastres (1936-1977)

Ya es un tema corriente en la historiografía de la conquista del «Nuevo Mundo» explicar los límites del avance hispánico por el estado sociopolítico de las poblaciones nativas encontradas. Así un número «extra» de una revista popular, dedicado al tema, enfatiza:

En los Andes se puede hablar de cacicazgos, señoríos, reinos y confederaciones y aún de imperios mientras en las tierras bajas las poblaciones no han superado el nivel de las bandas de cazadores y recolectores de los grupos tribales de horticultores y agricultores (*Historia 16, Extra XI*, Madrid, octubre 1979, p. 9).

Aquí ni siquiera el autor utiliza los mismos términos de referencia: aprecia las primeras sociedades por sus formas políticas y califica las segundas, como si fueran incapaces de algún tipo de organización política, por sus medios de producción alimentaria. Además, estas últimas se las diferencia por sus actividades de abastecimiento: a las «bandas» les toca, evidentemente, la recolección, y a las «tribus», la agricultura. Bien sabemos ahora que la agricultura, por una parte, no arrastra necesariamente formas políticas más complejas —sin hablar de la problemática definición de una «tribu»— y, por la otra, es una actividad reversible (grupos del Alto Amazonas o del Chaco han preferido abandonarla para formas de vida más itinerantes).

Vemos aquí, más de un siglo después del ensayo de Morgan, siempre vivaz la vieja perspectiva evolucionista basada en un materialismo mecanicista que sigue fascinando a los nostálgicos de una ley del desarrollo humano. Por debajo de Occidente que representa la «civilización», superior por definición, se oponen dos modelos o, mejor dicho, dos grados evolutivos: los imponentes estados «bárbaros» de tipo despótico, a pretensión universalista, con leyes, religión y aparato de gobierno y los grupos «salvajes», inestables y fluidos, «sin ley ni fe ni rey». Las primeras forman extensas sociedades jerarquizadas y centralizadas que logran captar, gracias a la acción violenta y a la manipulación ideológica, la mayor parte de la energía de sus sujetos; los segundos, grupos reducidos, igualitarios y homogéneos, rechazan la relación interna de mando para compeler al trabajo a sus miembros. Estos dos tipos de sociedad sufrieron dos destinos coloniales distintos. En la América de los antiguos estados prehispánicos, los habitantes lograron sobrevivir hasta hoy a través de una serie de reajustes económicos y sociales para adaptarse al mercado colonial. Mientras que en la América «salvaje» los grupos que resistieron por las armas a la conquista europea acabaron por sucumbir, una vez usurpadas sus tierras en el presente y pasado siglo, al choque biológico (epidemias, mestizaje, alcoholismo) y a los atropellos de los frentes pioneros (explotación laboral, despojos, matanzas).

Entre estas dos Américas existen una serie de grupos intermedios, fronterizos de los virreinos hispánicos, con rasgos socioculturales peculiares, que llevaron a cabo una conocida y tenaz resistencia pero no exenta de ambigüedad. Pensamos en los chichimacas o en los apaches del norte mejicano, en los jíbaros, campas, chunchos o chiriguanos de los Andes orientales, en los araucanos del extremo sur, entre otros, cuya lucha exitosa en la época colonial se valoró en sus dimensiones geográficas (zonas periféricas y montuosas), demográficas (tamaño reducido, dispersión) o técnicas (nomadismo, tácticas de guerrilla), etc. Se nota, sin embargo, que los chiriguanos o los araucanos conformaban densas aldeas de agricultores, de unos centenares hasta unos millares de habitantes, arraigadas en territorios estables, capaces de producir enormes excedentes de cereales. La explicación, por el bajo grado de las fuerzas productivas, no es pertinente aquí.

Si buscamos la clave de la resistencia indígena mirando su cohesión política, el asombro surge de inmediato: todas las comunidades que componían estos conjuntos étnicos no han dejado de mantener rivalidades y peleas intensas, unas con otras, continuamente. Es decir, que durante tres o cuatro siglos —el tiempo del asedio colonial— los indios «bravos», «indómitos» o «infieles», según el lenguaje de la época, se vieron envueltos en guerras civiles, encarnizadas y repetidas, en las cuales no vacilaron en llamar en su ayuda a los propios españoles —su enemigo principal— ni en acompañarlos en expediciones de castigo contra sus hermanos étnicos. En los estudios se evocaron tales disensiones bélicas, pero, de paso, calificándolas, en términos sociológicos, como reacciones de gente «traicionera», «inconstante», «rencorosa», de las que se aprovecharon los colonos europeos para sujetarlos. No podemos satisfacernos con estas cortas explicaciones.

Quisiera aquí, a través de la historia chiriguana, analizar la ambigüedad de los enfrentamientos que implica, a la vez, guerras de repudio al invasor extranjero y luchas civiles entre las comunidades locales de un mismo grupo étnico. Los indios chiriguanoes descienden en parte de los guaraníes que pasaron del Paraguay a los Andes del Charcas oriental donde se asentaron, sujetándose e integrándose a los moradores locales de origen arawak (chanes), durante los siglos xv y xvi. Lograron desbaratar a las guarniciones incas y luego, a partir de 1564, a los ejércitos españoles que intentaban «entrar» —el fracaso del propio virrey Toledo en 1574 fue notorio— en lo que se denominó «Cordillera Chiriguana». El único remedio colonial fue de cercar la frontera con la fundación de unas villas encargadas de contener las irrupciones «bárbaras»¹.

El mundo chiriguano —unos millares a fines del siglo xvi, entre cien y doscientos mil, tal vez, un siglo después— presenta un enigma histórico con varios interrogantes, en contraste con procesos vecinos: ¿cómo no fue sometido en el siglo xvi por

¹ La grafía antigua de Chiriguanoes era *Chiriguanaes*, cuyo significado ignoramos (se ha propuesto una docena de etimologías todas dudosas; hay que relacionarla con el mestizamiento guaraní-chane). Los Chiriguanoes se autodenominan *Ava*. Sobre la instalación de los grupos y la creación de la frontera colonial, ver mi artículo, «El desenclavamiento de Charcas oriental: análisis de dos fracasos», *Historia y Cultura*, La Paz, 1976, núm. 2.

los conquistadores españoles que supieron dominar las etnias guerreras de las alturas y valles de Charcas (indios charcas, caracaras, chuis, chichas) y parte de sus llanos orientales (área de Santa Cruz de la Sierra)? ¿Cómo mantuvo su independencia, cuando sus parientes del Paraguay, mucho más numerosos y de gran tradición combatiente, a pesar de varios levantamientos, fueron siempre vencidos?

Para tratar de aclarar estas incógnitas, en el caso de este grupo, se cuenta con la ventaja de una documentación abundante y procedente, de evidencia, de los mismos colonizadores: informes de los funcionarios civiles y militares de la frontera, relaciones de los misioneros, cronistas y viajeros en los cuales intervinen de vez en cuando unas figuras chiriguanas. Se puede así subsanar la unilateralidad de las fuentes informativas por la pluralidad de los puntos de vista, a menudo antagónicos: cada sector colonial, por razones de competencia profesional y geográfica, se enfrenta a los demás para reservarse el monopolio de las relaciones con los chiriguanos. Entre las líneas de los intereses en juego se deja entrever la estrategia de los propios encausados.

Cuestionaré este conjunto documental con los aportes de la antropología política en cuanto al poder, a las alianzas y a la guerra en el mundo «primitivo». Claro que todos estos términos de «primitivos», «arcaicos», «salvajes» están usados aquí entre comillas sin ningún juicio valorativo, a falta de un término más adecuado. Ya se revelan los límites de la reflexión científica de no poder caracterizar esta humanidad tan primera y tan antigua a la vez (¡tiene cien mil años de pasado y sobrevive todavía!), que constituye uno de los tres o cuatro tipos fundamentales de sociedad que nuestro planeta haya conocido.

I. LA DINÁMICA SOCIAL DE LA GUERRA

Como cualquier sociedad primitiva, el mundo chiriguano se encontraba dividido en numerosos pueblos, mejor dicho, grupos locales. Desparramados por las últimas estribaciones andinas entre Charcas al oeste y el Chaco al este, los ríos Guapay al norte y Bermejo al sur, cubrían así un territorio en forma de cuadrilátero de 20 a 40.000 kilómetros cuadrados.

Cada grupo local era independiente y llevaba las relaciones con sus vecinos del modo que estimaba más conveniente para defender su integridad. Comprendía cierto número de casas grandes llamadas *malocas*, hábitat muy difundido en las llanuras tropicales. A su vez, cada *maloca* se componía de varias familias extensas o «demos», es decir, grupos de parentesco exógamos. Cada individuo tenía que buscar mujer fuera de su grupo (matrimonio preferencial con las hijas de la hermana del padre) y prestar servicio, a veces bastante penoso, a sus futuros suegros, instalándose en su casa. El parentesco combinaba así dos reglas antagónicas: la filiación patrilineal y la residencia matrilocal, tensión que obstaculizaba la cristalización de los demos en linajes.

Sólo los jefes de *malocas* o de pueblos escapaban a las obligaciones de la matrolocalidad: eran polígamos y sus mujeres venían a residir con ellos. Según su prestigio y su red de alianzas, la casa de un jefe abrigaba a sus propios hijos solteros (que no se habían ido todavía), a sus cuñados y sobrinos, a sus yernos y nietos, que constituían sus «soldados» disponibles. Estas estructuras multifamiliares, a través de sus líderes, se imbricaban en unidades cada vez mayores hasta configurar «pueblos» y federaciones de «pueblos» o «provincias», cada unidad de cada conjunto formando como un segmento escindible: al primer desacuerdo interno, varias familias podían irse para formar otro pueblo apartado. El hábitat chiriguano tuvo también que adaptarse al ambiente de guerra casi permanente y al asedio colonial: se fue fraccionando en casas más pequeñas, como «ranchos» (*taperas* en guaraní), de tres a cinco/siete familias. Estos procesos de fusión-fisión regulaban las tensiones internas y las precisiones externas. En circunstancias adversas —hambrunas, epidemias, represalias españolas, por ejemplo— la consigna era la dispersión: en tiempos de paz y de prosperidad, las familias volvían a formar «pueblos» mayores. En todo caso, cada grupo local tenía un territorio fijo; las casas y los sembradíos se mudaban periódicamente sobre un radio corto.

Cada grupo formaba una entidad igualitaria y homogénea: no había división interna basada en torno al mando y si existía cierta especialización en las actividades era según el sexo, la edad y la posición en el parentesco. En cambio, había grupos más numerosos, más ricos y más potentes que otros. Se debe

recalcar la existencia, dentro de la sociedad chiriguana, de cuatro categorías que implicaban prestigio y privilegios distintos. Son, a nivel individual, los jefes y los chamanes; a nivel colectivo, los guerreros y los esclavos.

«No hay entre ellos superior porque el curaca es sólo para la guerra que en ella dicen que obedecen con gran puntualidad y fuera de ella cada uno hace lo que quiere» —relata un misionero jesuita después de haber recorrido varios pueblos en 1595. Lo que se hace eco, dos siglos después, en un informe del gobernador-intendente de Potosí:

Esta independencia de su espíritu e insubordinación a un ente superior influye también en su gobierno que es sólo una especie de democrático-militar en que los viejos y capitanes que entre ellos son tenidos por los prudentes y padres de la patria discurren y resuelven las materias de la paz y de la guerra en una casa que en cada pueblo tienen para este solo fin (1785).

Un siglo más tarde, a pesar del deterioro avanzado del mundo chiriguano, las relaciones entre la comunidad y su representante no se han modificado:

Si el cacique fuese de condición áspera o usase de palabras o de modales displicentes a sus vasallos, éstos le niegan la obediencia, lo abandonan y adhiriéndose a otro lo proclaman su jefe (1884).

Nos encontramos aquí con un ejemplo más de un hecho político que nos cuesta entender y admitir: jefes sin poder. El líder chiriguano («cacique» o «capitán» en los textos españoles, *tuvicha* en guaraní) tiene que conformarse a los deseos de su grupo y reflejar sus decisiones. Hemos visto sus privilegios (exención de la matrilocalidad y del servicio premarital, poliginia); veamos ahora sus obligaciones. Son las de cualquier líder amerindio de las llanuras, desde Alaska hasta Tierra del Fuego, tales como Robert Lowie las ha sintetizado: moderación, generosidad, elocuencia. El buen jefe tiene que evitar las disensiones o resolver las tensiones que puedan quebrantar la unidad grupal. Si dispone de mujeres es para preparar más chicha y convidar a más gente durante las fiestas y reuniones. Tiene que pronunciar casi diariamente discursos para recordar la necesidad de convivir juntos armoniosamente y sabe las «bellas palabras» de los tiempos

míticos. Entre los chiriguanos, generalmente hereditarios, los líderes buscaban casarse con hijas de otros caciques, endogamia de grupo que garantizaba las alianzas supralocales. Un punto clave en esta tendencia de los jefes a buscar posiciones más ventajosas concierne a las relaciones entre los distintos niveles de liderafigo (demos, grupos locales, federaciones): ¿hasta dónde unos y otros, sobre todo en tiempos de guerra, aceptaban conformarse a las decisiones adoptadas en asambleas mayores o negociadas con las autoridades coloniales? Toda la capacidad de maniobra del mundo chiriguano depende de la mayor flexibilidad en la articulación entre las unidades de diferente tamaño².

El chamán tiene el papel más especializado. Aparte de los curanderos más corrientes, dos tenían una función relevante: el que hacía llover y el que deshacía los embrujos —la sequedad y el maleficio, los dos terrores del chiriguano—. Había una cuarta categoría, más política, para momentos excepcionales, los que sabían el camino de la *Tierra sin Mal*, eran los profetas o *karai*, tradicionales en el mundo guaraní y que reaparecen entre los chiriguanos bajo el nombre de *tumpa* (hombre-dios) que veremos luego. El cargo de chamán era hereditario y tenía prestigio y bienes. Pero, como en el caso de los jefes, no estaba exento de riesgos: si se revelaba abusivo o si fracasaba, podía ser expulsado o abandonado, hasta el extremo de ser matado.

El grupo de los guerreros incluía, en principio, a todos los hombres adultos: debían defender la comunidad y participar de los asaltos contra los enemigos. Toda la educación y los valores giraban en torno al arte de pelear:

² Sobre el parentesco y el liderazgo, ver los artículos de Pierre Clastres (1962, 1963) reeditados en *La Société contre l'Etat*, Paris, 1974.

La cita de 1595 proviene de la *Carta Anual* publicada en *Relaciones Geográficas de Indias*, 2, BAE, Madrid, 1965, p. 106; la de 1785 de la «Descripción de la Provincia de Tarija», en *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia del Río de la Plata* (ed. De Angelis), Buenos Aires, 1836, t. 3, p. 6; la de 1884, de Alejandro Corrado, *El Colegio Franciscano de Tarija y sus Misiones*, Quarrachi, 1884, p. 45.

Lowie relata la explicación dada por un Chiriguano al etnógrafo Erland Nordenskjöld (*Indianerleben*, Leipzig, 1912), quien se extrañaba de ver a una mujer cacique: «Su padre le había enseñado a hablar en público», cf. R. Lowie, «Some aspects of Political Organization among the American Aborigenes», 1948, publicado en español en *Antropología Política* (ed. Llobera), Barcelona, 1979.

Emprenden a veces la guerra sólo porque los indios mozos aprovechan al lado de los viejos de su experiencia y el modo de hacerla con buen suceso (1785).

Esta iniciación aspiraba, por otra parte, a formar una clase de edad especializada en la lucha, unos jóvenes que integraban una especie de hermandad profesional basada en las proezas de guerra: tenían que capturar muchos prisioneros y traer trofeos (las cabezas de los enemigos muertos en combate). Cada hazaña individual permitía cambiar el nombre, lo que les confería más prestigio. Se los llamaba *queremba* y los encontramos desde el siglo XVI hostigando a las tropas del virrey Toledo, según su propio relato:

Son gente desconcertada y sin género de gobierno, cuando los españoles se metían por las montañas o se quedaban atrás atrevíanse algunos moquelos a dar en ellos (1574).

hasta fines del siglo XIX, según el diccionario chiriguano-español:

Queremba. Valiente, esgrimidor, guerrero, ligero y diestro en los movimientos bélicos para evitar el golpe. Los chiriguanos nunca se animarían en emprender la guerra o principiar el combate si no contarán con unos cuantos de estos héroes que pudiéramos llamar adalides del ejército...

Este papel sobresaliente de tales especialistas de la lucha podían a la larga originar un proceso de dependencia del grupo con respecto a ellos y, por ende, de diferenciación social. Pero su porvenir era trazado de antemano. Los guerreros profesionales no podían descansar, tenían siempre que hacer nuevas proezas: «Son los primeros en dar la señal de combate, en asaltar, matar, cautivar e incendiar, ... y por lo tanto los primeros en sucumbir.» El destino del *queremba* era inapelable: tarde o temprano, su camino tenía que cruzarse con la muerte³.

³ La cita de 1785 proviene de la «Descripción de ...Tarija», *op. cit.*, la de 1574, de la «Relación de la Jornada...», publicada en R. Mujía, *Bolivia-Paraguay, Anexos*, 2, La Paz, 1912, p. 188; el *Diccionario Chiriguano-Español* (Tarija, 1916) fue compilado a partir de los manuscritos de los antiguos misioneros franciscanos. El análisis del rol de los guerreros en la sociedad «primitiva» está en P. Clastres, «Malheur du guerrier sauvage», *Libre*, 2, Paris, 1977, reeditado en *Recherches d'anthropologie politique*, Paris, 1980.

Por fin, los esclavos constituían el último grupo con estatuto especializado. Generalmente eran prisioneros de guerra capturados en otras etnias (chanes, tobas, maticos). En el siglo XVI se los comía a menudo en virtud de la tradición antropofágica de los tupi-guaraníes, y luego fueron utilizados en los quehaceres domésticos (eran adjudicados a las viudas o los parientes de guerreros muertos). Eran despreciados, pero podían casarse con chiriguanas. Los más aptos y agresivos podían integrar la clase de los *queremba*. En los siglos de asentamiento (XV-XVII) facilitaron, directa o indirectamente, la energía necesaria para que los chiriguanos se dedicaran enteramente a la actividad guerrera. Luego se integraron progresivamente por el mestizaje interétnico y formaron las densas aldeas agrícolas del siglo XVIII⁴.

Con la existencia de estos múltiples rangos o estamentos se puede inferir que cualquier decisión resultaba de una transacción, de un equilibrio entre las diversas corrientes de opinión: los informes recalcan a menudo la oposición que surgía en las asambleas entre los viejos «que conservaban la memoria de los castigos pasados» deseosos de mantener la paz por una parte y por la otra los jóvenes y las viejas —la agresividad de las viejas chiriguanas era famosa—, inclinados a la contienda. Los motivos para suscitar el conflicto abierto no faltaban: desafíos en los convites, insultos, sospechas de algún maleficio, deseos de botín o de mujeres (es decir, adquirir mujeres sin tener que dar otras). Cada expedición abría o reactivaba un ciclo de asaltos y represalias, especie de *vendetta* que era de nunca acabar. El licenciado Polo Ondegardo, en un informe sobre los chiriguanos, utilizó una expresión muy acertada:

Tienen por religion la venganza y llamanla trueque, hasta haverla hecho no reposan ni se trata ni habla en otra cosa ni hacen paz ni creen que se han de guardar hasta ser concluyda sobre los quales tienen gran cuenta (1574, subrayado mío).

«La religión de la venganza»: se revela aquí el corazón mismo de la sociedad chiriguana, el motor de su dinámica interna. La

⁴ Los diarios de las expediciones de castigo recalcan las enormes reservas de maíz almacenadas. Los Chiriguanos cultivaban doce variedades de maíz y otras tanto de cocinar y comerlo. Los hombres barbechaban los terrenos y sembraban, las mujeres cosechaban y preparaban la chicha.

venganza mantiene abierto el ciclo de las guerras: obligapor ende a entablar alianzas con grupos vecinos y para asentarlas a iniciar asimismo un ciclo de dones y contra-dones. «Y llámanla trueque»: apuntamos lo que no cesa de decirnos Pierre Clastres sobre la realidad constitutiva de la sociedad primitiva: no es el intercambio que la instituye, sino la guerra. La guerra determina la alianza táctica (como contrato siempre quebrantable) y para fortificarla, el intercambio. A través del antagonismo, la comunidad se mantiene como un «nosotros» uno e independiente frente a los «otros» que se reparten entre los «enemigos» y los «amigos», estatutos muy inestables que pueden permutar a la más leve ocasión. La venganza, factor de guerra, es la condición de la fragmentación y dispersión de los grupos locales a la vez que de su coherencia⁵.

«No tienen otras fiestas más que destruirse unos a otros» (1595). Podemos tomar ahora al pie de la letra las antiguas observaciones sin refutarlas por exageradas. Hemos visto la dinámica interna de la guerra entre las unidades del mismo grupo étnico, pero, ¿qué pasa en un contexto histórico de asedio colonial? ¿La agresión externa y creciente de un frente pionero que conlleva nuevas rupturas con el peligro de desaparición colectiva pervierte el sentido profundo de la guerra chiriguana? ¿Cómo reaccionan los grupos locales y qué reajustes introducen en sus luchas civiles? Por otra parte, sabemos que durante el período bélico los jefes adquieren un mando coercitivo sobre los miembros. Cabría preguntarse asimismo si el asedio colonial consolida una relación de mando en beneficio de los guerreros y de los jefes que tiende a cristalizarse en poder, quebrantando el orden igualitario de la comunidad chiriguana.

II. DINÁMICA HISTÓRICA DE LAS GUERRAS CHIRIGUANAS

Para contestar a estas preguntas, examinaremos la situación histórica —histórica en la medida que las fuentes coloniales proporcionan nuestra única información— de las guerras que lleva-

⁵ «Informe del licenciado Polo sobre el origen de los chiriguanos...», sfnl (de hecho de 1573-1574 en La Plata, en las vísperas de la expedición toledana, en R. Mujía, *op. cit.*, p. 86. Sobre el papel de la guerra; cfr. P. Clastres, «Archéologie de la violence: la guerre dans la société primitive», *Libre 1*, París, 1977, reedit. en 1980, *op. cit.*

ron los chiriguanos en contra de los establecimientos fronterizos, pueblos, estancias, estacadas, fuertes o misiones. Registramos sólo los conflictos en que hubo intervención de los sectores hispano-coloniales, por razones obvias, y sabemos, por unas evocaciones indirectas, que las luchas internas o contra los no menos agresivos moradores del Chaco constituían la tela de fondo. Por necesidad de limitarme —el análisis completo de las guerras será objeto de una futura publicación⁶—, escogeré durante este lapso de beligerancia multiseccular tres ejemplos en coyunturas específicas: a principios del siglo XVII, cuando los indios están en número reducido y de asentamiento reciente; a fines del siglo XVIII, en el máximo de potencia conflictiva, y al final del siglo XIX, cuando los chiriguanos libres son pocos y han perdido la mayor parte de sus tierras.

1. La «entrada» de Rui Díaz de Guzmán (1615-1620)

El autor de la historia llamada *La Argentina* (La Plata, 1612) vivió un episodio poco conocido de su azarosa vida, cuando, mientras se acercaba a los sesenta años, emprendió la conquista de los chiriguanos. Con este propósito, redactó dos «relaciones breves y sumarias...» (1617-1618) que fueron a parar a la *Biblioteca Nacional* de París y recientemente publicadas en Bolivia. Cotejadas con otros documentos del *Archivo General de Indias* (Sevilla), nos facilita los datos necesarios para entender algo la lógica que presidió el sistema de alianzas intergrupales chiriguano.

El cronista, guaraní-hablante, vuelto «gobernador y capitán general», aprovechó una guerra general que oponía a los pueblos de ambas orillas del Parapetí: los del norte (Guapay, Charagua, Pirití) contra los del sur (Huacaya, Machareti, Pilcomayo). Una evaluación de 1618 estima el total de indios en «mil quinientos chiriguanos que al presente tienen supeditados y tiranizados a diez mil chanes»; la proporción regional era la siguiente: Machareti tenía 400 chiriguanos por 5.000 chanes; Charagua, 350 por 4.000, y Guapay, 200 por 1.000. A *grosso modo*, los efectivos de ambos mandos estaban equilibrados.

⁶ Este artículo se basa en unos capítulos de una tesis que defendí en 1974, «Une 'Frontière fossile': la Cordillère chiriguano au XVIII^e siècle», 2 tomos, París. Este estudio está en curso de reelaboración enfocando la historia de los Chiriguanos desde el siglo XV hasta el presente.

En julio de 1615 dos caciques de Charagua, hermanos, firman un tratado de paz con Rui Díaz. En octubre mandan a mensajeros a La Plata a avisarle que «avian sido asaltados de sus enemigos de la comarca de Machareti y Pilcomayo». Se les mandó un capitán con 14 soldados, los cuales, a pesar de la prohibición oficial, atacaron en noviembre al pueblo de los enemigos mandando al cacique principal. Entre mayo y julio siguientes, Rui Díaz recorre la región sita entre los ríos Parapití y Guapay. Una entrevista solemne se lleva a cabo en la plaza de Charagua con:

tres mil indios que todos estaban con sus arcos y flechas en un círculo redonde con sus principales y en medio sentado en un barquillo el dicho cacique Guyrapiru (17-VII-1616).

Se nota la oposición visual entre la preeminencia central del líder de la confederación guerrera y la disposición igualitaria de los otros jefes en medio de sus guerreros. Con esta dialéctica focal-periférica, surgen las tensiones que generan a menudo los éxitos o los fracasos de las coaliciones bélicas. Después de un acuerdo, Rui Díaz asienta su campamento en un antiguo fuerte inca sobre la orilla izquierda del Parapití. En agosto:

llegaron a vista del dicho fuerte más de 3.000 indios... todos ellos embajados de muchos colores a pie y a caballo con lanzas y arcabuces —y enviaron a unos emisarios a preguntar— porque razón el cacique Guyrapiru y los demás que trujieron a los españoles a esa tierra no les daban las suyas en que poblasen.

Ocho caciques de Machareti y Huacaya vienen de vistar el fuerte, a los cuales Rui Díaz propone nombrar al cacique Guyrapiru gobernador de toda la cordillera. La reacción no se hizo esperar:

Replicaron los ocho curacas que en ninguna manera avian de obedecer al gobernador Charagua porque no hera chiriguana natural sino hijo de una esclava y falto de valor y partes para gobernarlos y con esta respuesta que devio de ser algo sobervia los soldados del gobernador Rui Diaz les dieron puñaladas.

Se organiza una expedición represiva al Pilcomayo con 50 soldados y 600 indios «amigos», la cual concluye bien, pero los «amigos» se llevan todo el botín y dejan a los españoles solos.

A partir de aquí, la situación de los españoles se deteriora sensiblemente. En una carta, Rui Díaz analiza perfectamente las causas del cambio:

El mayor inconveniente que oy se me sigue es que de esta jornada (al Pilcomayo) an quedado los amigos tan soberbios y sobre si que tengo por peor guerra la suya y es la causa que como quedan sus enemigos quebrantados *no tienen de que recelarse* ni de quien yo me pueda valer ni ayudar en el caso que ellos maleen como ntiende estan determinados porque demas de haber salido muy ricos y aprovechado asi de servicio (=esclavos) como de cavallos y mulas sin poderle en esto poner limite an *ussado conmigo de grandes libertades* (subrayado mío).

Como su predecesor Polo, el cronista Rui Díaz tiene la expresión feliz: por falta de recelo, los indios aliados tendrá que enfrentarse al último protagonista que queda en pie, es decir, al propio español que los ayudó a vencer. Pronto empieza la agitación con «grandes juntas, fiestas y borracheras en los pueblos de Charagua y Parití, hasta el punto de amenazar a los españoles. En abril de 1617, Rui Díaz se ve en la obligación de llamar en su ayuda a los antiguos enemigos, los de Machareti, que llegan en junio. Muy pronto acude Guyrapirú «con grande umildad» a pedir «perdon por lo pasado». Un recorrido por los pueblos revoltosos devuelve la calma. Pero un mes después se

averiguo por causa cierta que (los de Charagua y Piriti) traen sus tratos y combocaciones para este efecto con los del río de Guapay y que an embiado sus mensajeros a las otras parcialidades del Pilcomayo para ser todos en uno contra los españoles y asolar este fuerte.

La reversión de la situación huelga todo comentario. Notemos de paso la subordinación de los intercambios («tratos») a las alianzas de guerra. A partir de septiembre varios comerciantes y viajeros españoles son muertos. En 1618 los habitantes del fuerte «estuvieron cercados cuatro meses y más». Tuvieron que ser socorrido spor varias expediciones del corregidor de la frontera y en 1621 los últimos soldados ocupantes del fuerte son retirados⁷.

⁷ Los dos manuscritos de Rui Díaz fueron estudiados por Ch. de Crozefon (*mémoire* de la Universidad de Nanterre) y publicados en Santa Cruz de la Sierra, 1979. Los extractos provienen de esta edición y de cartas del AGI series Lima, 37, 38, y Charcas, 53, 90.

Una sencilla narración de los hechos muestra elocuentemente la constante inversión de alianzas que propicia la política de los grupos locales. En el detalle, el juego se complica más, con la interferencia de varios actores (mujeres, misioneros, esclavos chanés) con sus informaciones secretas, sus rumores que influyen en el curso de los acontecimientos. La inestabilidad del sistema de alianzas chiriguano, al que los españoles denunciaron como «ingrato», «interesado», devuelve al fundamento mismo de la independencia de los grupos locales, que requiere un equilibrio relativo entre las facciones, semejante al juego de tensiones segmentarias.

2. *Itinerario de un líder chiriguano: Cumbay (1799-1814)*

Otro tipo de fluidez y de oscilaciones tácticas lo enseña la trayectoria de un jefe principal de un importante grupo local de la cordillera central. El valle de Ingre, el «cañón» en los documentos, alargado y estrecho entre los ríos Parapití y Pilcomayo, corría entre dos serranías paralelas y longitudinales que constituían como un abrigo, una muralla, contra la colonización ganadera que se acercaba en valles vecinos del Norte. Esta última, a partir de los focos de Santa Cruz y de Tomina, había ya invadido, durante la segunda mitad del siglo XVIII, gran parte de la cordillera norte, entre los ríos Parapití y Guapay, disputando terrenos de pastoreo a las estancias que dependían de la quincena de misiones franciscanas establecidas en este sector. Ya muchos «pueblos» tenían que conformarse a esta doble vecindad y sus líderes se habían vuelto «amigos» o «aliados», ya sea de los comandantes de los fuertes, de los estancieros, corregidores o de los misioneros, y recibían por esto algún provecho material. Los grupos centrales no habían sido afectados por el doble avance ganadero y misionero, pero alentaban cualquier tratativa para rechazar al frente pionero. Los indios de Ingre eran temidos por su agresividad: habían participado en los dos grandes levantamientos del siglo (1727-1735, 1774-1780) y habían sido escañentados por una expedición represiva en julio de 1780. Una larga sequía complicada con epidemias afectó toda la cordillera entre 1788 y 1794, pero ya a partir de 1796 la agitación recomenzó, particularmente entre los pueblos del Parapití.

En abril de 1799 se presenta ante la Audiencia de Charcas

«el capitán Cumbay de los siete pueblos de Ingre» para denunciar las molestias provocadas por los estancieros vecinos. Unos meses después estalla la «sublevación general» que abarca unos treinta grupos locales. Cinco misiones y muchas estancias son quemadas y saqueadas, pero se frustra el cerco al fuerte de Zaypuru. Sin embargo, en razón de la debilidad de las represalias españolas, las hostilidades persisten en los años siguientes. Cumbay no solamente no participó en la coalición guerrera, sino que recorrió los pueblos predicando la paz. Luego va a La Plata a pedir y recibir regales (costales, herramientas) por su actitud conciliadora.

Tres años después, en agosto de 1804, los ingreños empiezan los asaltos a las estancias y estacadas fronterizas. En octubre, Cumbay está señalado como encabezando «6.000 indios» en el sitio de un fuerte local. Durante las lluvias y todo el año siguiente, las hostilidades no cesan. ¿A qué se debe este cambio de los pueblos de Ingre y qué papel tuvo Cumbay en eso? Dos menciones de paso dejan sospechar profundos reajustes en el liderazgo: una informa de la muerte de un capitán ingreño y «no hay quien sujete las cuatro poblaciones que corrian a su cargo» (7 de noviembre de 1802) y la otra «que tres negros apostatas son los caudillos de Ingre» (1 de marzo de 1805. ¿Los partidarios de la guerra habían triunfado e impuesto líderes más convenientes?

Resulta interesante el episodio siguiente. En agosto de 1805 el gobernador de Potosí emprende una expedición ofensiva a las orillas del Pilcomayo. Se le advierte del rechazo de los ingreños en venir a ayudar a los enemigos «porque los del Pilcomayo no les daban mas que agua y no chicha». Al final, por otros dos prisioneros, conoce que los ingreños participan en los combates. Cumbay los acompañó y quiso visitarle con fines de paz, pero «se intimidó en el camino» y se volvió atrás. En cuanto a los refuerzos, los informantes añaden:

que ya no creia volviesen pues ahora los ingreños, las viudas y parientes de los muertos a mas del duelo que formarian les pedirian las pagas de ellos que es lo que acostumbran y regularmente reñirian porque no han de poder contentar a tanto con sus vacas y yeguas que es el pago con que se conforman.

La circulación de los bienes participa del orden de la guerra: los intercambios materiales prologaban y respaldaban las alianzas guerreras, aquí costean la indemnización de las víctimas. En ningún momento —aun en plena ofensiva española— los grupos chiriguano renuncian a sus intereses particulares en beneficio de una solidaridad étnica.

En septiembre-octubre de 1805 Cumbay lanza severos asaltos sobre la frontera de Tomina, pero en diciembre, en plena estación de lluvias, tan favorables a la guerrilla india, firma la paz con los españoles, lo que devuelve la tranquilidad a la zona durante un año. ¿Cómo entender el gesto de Cumbay, tan poco oportuno en una coyuntura contraria a los colonos hostigados y desorganizados? Por falta de información no podemos explicarlo, como tampoco la reiniciación de los combates en septiembre de 1807. Cumbay sorprende en una quebrada a un destacamento con su teniente y los mata. Pero en octubre, el valle de Ingre está asolado por la tropa española, batida que se repite al año siguiente durante un mes entero; el balance es severo: decenas de «poblaciones mayores», en gran parte recientes, destruidas, chacras de maíz, zapallos y *comandas* (es la trilogía alimentaria del chiriguano: maíz, calabaza, poroto o frijol) taladas y arrancadas, es una guerra total. Hay que quitar al enemigo las bases de su sustento.

En marzo de 1809, cuando unos emisarios españoles llegan para entablar un armisticio, Cumbay les replica:

Teneis valor de venir aqui, quando todavia no se han borrado las huellas de la expedición? Escusad de tratar sobre la debolucion de cautibos porque desde la antiguedad ha sido costumbre el rescatarlos a peso de plata, que trataria las cosas con maior frescura y que supieremos que a el le tocaba señalar la raia de la frontera que ha de ser el rio Parapiti; y bolviendo el rostro al capitan Abacaio lo reprendio asperamente por haber entregado sin orden suia cinco cautibos al comandante de Santa Cruz.

Es un Cumbay invencido —a pesar de la dura represión, su pueblo y su fuerte fueron incendiados— y ofendido que rechaza someterse a las condiciones del adversario. El tono de su reprensión a Abacaio, que podemos imaginar como jefe de un subgrupo o capitán de guerra, evidencia el punto más vulnerable de las alianzas indias, el de las relaciones entre los dos niveles de liderazgo, ya sea entre el civil y el militar o entre el federal y el

local. Finalmente se firma la paz con los españoles, pero dos años más tarde no se había cumplido todavía la primera cláusula, que requería entregar los cautivos cristianos «en términos de dos lunaciones».

Ya había estallado la insurrección criolla contra las autoridades virreinales. Cumbay intervino en las guerrillas de la independencia al lado de los patriotas, pero no sabemos cuáles fueron sus propósitos y sus condiciones. En septiembre de 1813 vino a visitar al general Belgrano en Potosí —entrevista oficial llena de colorido—, y después de un brillante ejercicio militar de los batallones patriotas, Cumbay «preguntado por el general Belgrano qué le parecía, le contestó que con sus indios desharía todo aquello en un momento, y le ofreció «dos mil indios para que le ayudasen a pelear contra los españoles». Sabemos también que prestó socorro a los guerrilleros Padilla y Juana Azurduy, y luego se pierde su huella⁸.

En el lapso de quince años (1799-1814), hemos seguido las vacilaciones de un líder chiriguano, dividido entre la paz y la guerra. Se volvió el más encarnizado adversario de los españoles, pero siempre anhelando la negociación y la paz. Le correspondía como jefe civil buscar el arreglo favorable a su grupo, pero nos intriga su intervención creciente en las operaciones bélicas. A qué se debe: ¿al exceso de las represalias españolas, a la presión de los jóvenes guerreros, a la competición de «nuevos» jefes de guerra —pensamos en los negros cimarrones de 1805— que le disputaron su autoridad sobre el grupo? Es posible también que las necesidades de la guerra abierta, permanente a partir de 1804, le haya llevado a reafirmar su calidad de representante máximo y acrecentar su control sobre la extensa confederación que encabezaba. A la larga, corría el riesgo de dar inicio a un mando separado (lo que se perfilaría en su tono de reproche contra Abacaio). Lo instructivo habría sido conocer el curso posterior de la evolución de Cumbay, pero es de prever que éste y todas las lagunas que salpican esta historia oculta, hecha más de inte-

⁸ Las citas provienen de diferentes documentos del *Archivo Nacional de Bolivia* (Sucre, fondo Rück). Esbocé un primer análisis del itinerario de este líder en «Historia de Cumbay», *Estudios bolivianos en Homenaje en Gunnar Mendoza*, La Paz, 1978. Desarrolló su biografía en un estudio más extenso intitulado, *Biografía de Cumbay, líder chiriguano dividido entre la paz y la guerra*, a parecer en la «Biblioteca Popular de Última Hora», La Paz, 1981.

rrogantes que de certidumbres fecundas, quedarán en blanco para siempre.

3. *El último levantamiento, 1892: jefes y profeta*

En los últimos decenios del siglo XIX la autonomía política y económica de los chiriguanos sufre graves amenazas. La invasión de las tierras por la colonización blanca y mestiza es ya un hecho consumado. La mayor parte de los «capitanes» colaboran con las autoridades civiles, militares y misioneras locales y bajo los estatutos de «amigos» se encargan de contratar la mano de obra para las estancias vecinas. Muchos indios prefieren emigrar al norte argentino —donde son conocidos con el nombre de *shahuancos*— y las mujeres dejan sus comunidades para casarse con mestizos. Varios grupos se han acogido a las últimas misiones franciscanas (de los 7.000 habitantes, 4.100 seguían «infieles» en 1883). Ya en el siglo se produjeron cinco levantamientos sin éxito y el último (1874) terminó con horribles matanzas.

En este contexto, se publicó en la prensa local (enero de 1892) la noticia de que:

A fines del año pasado, aparece en este pueblo de Ibo, nadie sabe de dónde, un salvaje de edad acompañado por otro más joven a quien titula de *tumpa* (dios).

Así empieza el recorrido público de un «hombre-dios», de origen desconocido, quien llegó a movilizar a seis mil guerreros, lanzándoles contra las estancias, un pueblo mestizo y una misión vecinos. Cuando llegó la expedición de castigo, los sublevados, a quienes el *tumpa* había prometido la invulnerabilidad —de los fusiles de los blancos no debía salir más que agua—, se atrincheraron en el fuerte de Curuyuqui, donde, después de un combate de algunas horas, el 28 de enero de 1892, la mitad pereció⁹.

⁹ Sobre el mesianismo chiriguano comparado con otros casos amerindios, ver Alfred Metraux, «Messies Indiens» (art. de 1931, Tucumán), revisado y reeditado en *Religions et Magies Indiennes*, París, 1967. Un enfoque reciente y pertinente en Hélène Clastres, *La Terre Sana Mal, le prophétisme tupi-guarani*, París, 1975. Para una biografía del *tunpa* de Curuyuqui, ver Hernando Sanabria Fernández, *Apiaguaiqui-Tumpa*, La Paz-Cochabamba, 1972.

Se necesitaría aquí un análisis detenido de esta frustrada guerra profética; pero la falta de espacio lo impide. No se la puede apreciar como un clásico mesianismo anticolonial, al igual que Africa u Oceanía. En la tradición guaraní, desde los tiempos prehispánicos solían intervenir los profetas (*karai*) cuando la sociedad parecía amenazada por la cristalización de un liderazgo separado, en un contexto de alta demografía y de acumulación de riquezas (botín, esclavos). Para contrarrestar estas primicias de mandones, los profetas, en razón de su extraterritorialidad (sin padres ni pueblos conocidos) desencadenaban una crisis abierta en la sociedad fomentando el abandono de los pueblos y de los jefes, llevando a todos los habitantes a la búsqueda de la «Tierra sin Mal». En el contexto andino, los *tumpas* chiriguanos desempeñan un papel ligeramente distinto: los líderes tradicionales tienden a acomodarse con la vecindad colonial (con los provechos de la colaboración) y se muestran incapaces de poner fin a sus rencillas divisorias. Los *tumpas*, en tal caso, tienen que imponer la unidad supragrupal en base al terror profético (amenaza de la destrucción del mundo y de sus oponentes) y radicalizan la lucha contra el enemigo blanco. Si los *tumpas* no hubieran fracasado, habrían logrado lo que las comunidades chiriguanas negaron siempre: el surgimiento de jefes con poder separado, con mando absoluto sobre sus miembros vueltos sujetos aglomerados indistintamente.

CONCLUSIÓN

El fracaso del *tumpa* de Curuyuqui marcaba el fin del mundo chiriguano como sociedad libre, dueña de sí misma en un territorio independiente. Las pocas comunidades sobrevivientes tuvieron que retirarse a los arenales del Chaco, donde subsisten miserablemente hasta hoy¹⁰. Frente a tal destino trágico —nada excepcional en la América india— surge la pregunta inicial:

¹⁰ Ahora está creciendo de nuevo la comunidad chiriguana y reorganizándose para conseguir mejores tierras y condiciones de vida. Sobre su ubicación y su demografía, cfr. Jürgen Riester, «Breve enfoque de la situación de algunas tribus», en *En busca de la Loma Santa*, La Paz-Cochabamba, 1976. Acaban de ser estudiados por B. y J. Riester, B. Schuchard y B. Simon quienes ya han publicado varios resultados a través de APCOB (*Ayuda para el Campesino del Oriente Boliviano*) en 1979-1980.

¿por qué nunca supieron unirse los chiriguanos e integrar un frente interétnico contra el enemigo común? Y cuando lo lograron parcialmente e unas pocas oportunidades, ¿por qué no supieron conservar y asentar estas alianzas en formas políticas de amplio alcance que les garantizara una integridad duradera?

Para responder al desafío colonial, los chiriguanos tienen una sola alternativa, en todo caso mortal: ya sea conservar su fragmentación practicando una defensa circunstancial con alianzas inmediatas y provisionales —táctica oportunista que les asegura su proyecto inicial de independencia local—, o superar sus divisiones por la unidad de los grupos entregados a un mando absoluto. Esta segunda vía la intentó el profetismo. Al fracasar, no ha hecho más que acelerar el aniquilamiento de la «nación» chiriguana.

En los tres casos examinados tan brevemente hemos visto los grupos locales y los distintos estamentos de la sociedad chiriguana tantear estas vías, divididos entre la colaboración y la resistencia, oscilando entre la negociación y el conflicto, vacilando entre la sumisión y la guerra a muerte. En todo caso, no aceptaron la consolidación de una instancia de mando separada, supratribal y centralizadora que podía escapar al control colectivo. No quisieron correr el riesgo, excepto en la desesperada aventura profética, de fijar la división interna, entre señores y sujetos, entre los que mandan y los que obedecen. En 1931, después de haber recorrido dos comunidades del Pilcomayo, el etnólogo Alfred Métraux reconocía que «hasta ahora las enemistades entre los pueblos chiriguanos han supeditado el odio hacia sus opresores».

Estos ejemplos en tres coyunturas distintas aparecen como una prueba experimental, variando las condiciones de la observación, de un fenómeno capital: las peleas internas —precisemos: el estado de guerra es permanente; el conflicto abierto, temporario— mantienen a la vez el fraccionamiento entre los grupos y la unidad interna de cada uno de ellos. Coincidimos con lo que Pierre Clastres analizó tan agudamente, enfatizando este hecho estructural del mundo «salvaje»; las luchas civiles, fratricidas, impiden la formación del estado, imposibilitan tal desgarramiento interno de la sociedad.

El ejemplo de los chiriguanos, por la asombrosa y ambigua pluralidad de sus reacciones frente al empuje fronterizo, nos

ofreció la suerte de poder captar una parte destacada, ínfima, pero reveladora de la compleja historia de una sociedad pretendida «fría» y «sin historia». Nada más que la historia de una extraña obstinación, plurisecular según nuestras fuentes y plurimilenaria desde la perspectiva de la humanidad, de un grupo que rechazó negar su fundamento igualitario, que quiso ser fiel a la ley de sus antepasados y que prefirió morir antes que vivir bajo el mando arbitrario de sus jefes.

Contribuir a esclarecer el dilema insoluble del proyecto existencial chiriguano frente al asedio colonial —mantenerse como miembros libres e iguales— ha sido la meta de este trabajo: ceder la palabra a estos desheredados de la historia doblemente acallados, en su muerte física y en nuestra memoria.